

Elogio de la pereza refinada

Por: Raoul Vaneigem. 25/01/2022

En la opinión que se ha ido forjando al respecto, la pereza se ha beneficiado mucho del creciente descrédito que pesa sobre el trabajo.

Antaño erigido en virtud por la burguesía, que extraía su beneficio de él, y por las burocracias sindicales, a las cuales aseguraba la plusvalía de su poder, el embrutecimiento de la faena cotidiana ahora se reconoce como lo que es: una alquimia involutiva que transforma en un saber de plomo el oro de la riqueza existencial.

Sin embargo y a pesar de la estima de que disfruta, la pereza continúa sufriendo igualmente por la relación de pareja que, en la tonta asimilación de las bestias a lo que los humanos poseen de más despreciable, persiste en reunir a la cigala y la hormiga.

Querámoslo o no, la pereza sigue atrapada en la trampa del trabajo que rechaza mientras canta.

Cuando se trata de no hacer nada, ¿La primera idea que se nos viene a la cabeza no es que la cosa cae por su propio peso? En una sociedad, ay, en la que sin descanso se nos arranca de nosotros mismos, ¿Cómo llegar hasta uno mismo sin tropiezos? ¿Cómo instalarse sin esfuerzo en ese estado de gracia en el que no reina sino la indolencia del deseo?

¿No funciona todo para turbar, gracias a los buenos motivos del deber y de la culpabilidad, el recreo sereno de estar en paz en compañía de uno mismo? Georg Groddeck percibía con justeza en el arte de no hacer nada el signo de una conciencia verdaderamente liberada de las múltiples obligaciones que, desde el nacimiento a la muerte, hacen de la vida una frenética producción de nada.

Estamos tan inflados de paradojas que la pereza no es un asunto sobre el que uno pueda extenderse sencillamente, como nos invitaría a hacer la naturaleza si, en efecto, la naturaleza pudiese abordarse sin rodeos.

El trabajo ha desnaturalizado la pereza. La ha convertido en su puta, del mismo modo en que el poder patriarcal veía en la mujer al reposo del guerrero.

La ha revestido con sus falsos pretextos, en el mismo momento en que la altivez de las clases sociales explotadoras identificaba la actividad laboriosa únicamente con la producción manual.

¿Qué eran aquellos poderosos, aquellos soberanos, aquellos aristócratas, aquellos altos dignatarios más que trabajadores intelectuales, trabajadores encargados de hacer trabajar a quienes habían convertido en sus esclavos? Esa ociosidad de la que los ricos se vanagloriaban y que, secularmente, alimentaba el resentimiento de los oprimidos, se me antoja muy alejada del estado de pereza en lo que éste tiene de idílico.

El hermoso apoltronamiento que se conceden los fatuos de nobleza al acecho de las menores carencias, puntillosos con las prelações, alerta de unos criados que ocultan bajo la máscara del servilismo su rencor y su desprecio, cuando no se trata de dar a probar previamente los platos sazonados con los maleficios de la envidia y de la venganza... ¡Qué fatiga produce tal pereza! ¡Y qué servidumbre en la satisfacción constante de la complacencia del mando!

¿Se dirá del déspota que, al menos, se arroga el placer de ser obedecido? ¡Pobre placer es éste que, beneficiándose del displacer de los otros, se engulle con la acidez que suscita! Se convendrá conmigo en que mantenerse de tal suerte por encima de las tareas innobles no es, en modo alguno, reposo y que apenas facilita el feliz estado de no hacer nada.

Sin duda que el hombre de negocios, el patrón, el burócrata no se comprometen, aparte de sus ocupaciones, en un régimen de domesticidad que es más inoportuno que confortable. No sé si buscan la soledad del subprefecto en los campos, pero todo indica, en su caso, una propensión más al divertimento que a la ociosidad. Uno no rompe sin dificultad con un ritmo que te propulsa de la fábrica a la oficina, de la oficina a la Bolsa y de la conferencia-almuerzo al almuerzo-conferencia. El tiempo, repentinamente vaciado de su contabilidad dineraria, se vuelve tiempo muerto; apenas existe. Es preciso haber perdido, más que el sentido de la moral, el sentido de la rentabilidad para pretender penetrar en él, e instalarse allí sin vergüenza.

Pase con el descanso nocturno, auténtica prescripción médica para quien se lanza

cada día a una carrera contra el reloj. Pero ¿Quién osará, en una guerra en la que uno está en todo instante expuesto al fuego intenso de la competencia, levantar la bandera blanca de un momento de ociosidad? Demasiado nos han remachado el desastroso ejemplo de las «delicias de Capua», en las que Aníbal, cediendo no se sabe a qué hechizo de los sentidos, pierde tanto Roma como el beneficio de sus conquistas.

Hay que rendirse a la evidencia: en un mundo en el que nada se obtiene sin el trabajo de la fuerza y de la astucia, la pereza es una debilidad, una estupidez, una falta, un error de cálculo. No se accede a ella más que cambiando de universo; es decir, de existencia

Son cosas que pasan.

Un director de banco –me aseguran- se encontró arruinado, abandonado por todos, cubierto de oprobio. Un rinconcito en el campo lo acoge; planta algunas viñas. Un huerto, unos pocos pollos y la amistad de los vecinos cubren sus necesidades. Hace descubrimientos asombrosos: una puesta de sol, el centelleo de la luz en el sotobosque, los olores silvestres, el sabor del pan que él mismo ha amasado y cocido, el canto de las alondras, la turbadora configuración de la orquídea, las ensoñaciones de la tierra a la hora del rocío o de la serena. El hastío de una existencia que había pasado ignorándose le había dado un lugar en el universo. Aún quedaba saber ocuparlo.

El camino no es tan fácil, pues la exclusión de un mundo que te excluye de ti mismo basta para que vuelvas a encontrarte en él. Si no fuese así, no habría un parado que no se hubiese convertido en poeta de los tiempos futuros.

Lo habitual es que el trabajador desocupado no se pertenezca a sí mismo, sino que continúe perteneciendo al trabajo. Lo que lo destruía en la alienación de la fábrica y de la oficina persiste en corroerlo fuera de ellas como el dolor de un miembro fantasma. Como el explotador, el explotado apenas tiene la oportunidad de consagrarse sin reservas a las delicias de la pereza.

Seguramente hay malicia en hacer lo menos posible para el patrón, en parar de trabajar desde el momento en que vuelve la espalda, en sabotear las cadencias y las máquinas, en practicar el arte de la ausencia justificada. La pereza, en este caso, salvaguarda la salud y presta a la subversión un carácter agradablemente roborativo. Rompe el tedio de la servidumbre, quiebra la palabra de mando,

recupera la calderilla de ese tiempo que os arrebató ocho horas de vida y que ningún salario permitirá recuperar. Dobra, con un ensañamiento salvaje, los minutos robados a la máquina de fichar, cuyo recuento de la jornada aumenta el beneficio del patrón.

De acuerdo. Pero la pregunta sigue en pie: ¿Qué placer puede uno obtener sin reservas si implica antes que nada arruinar el placer del otro? ¿Quieres que te obedezcan? Pues nada de eso. Ofrezco una prueba viva hurtándome a tu poder, rompiendo ese poder que te parece, sino eterno, sí al menos adquirido para un largo tiempo.

Noble tarea es, sin duda, la subversión del trabajo innoble, pero no te libra de trabajar.

Hete aquí, como el amo al acecho del criado que le roba, holgazaneando con el ojo puesto en el amo para robarle mejor. No puede entenderse la pereza de forma tan furtiva.

Se necesita desahogo, como en el amor. Quien está pendiente del «¿quién vive?» no vive en absoluto, o lo hace mediocrementemente.

¡Qué rencor, por otro lado, al no poder arruinar tan retorcidamente como uno desearía el hedonismo de los explotadores, por mediocre que éste sea! «Mientras nosotros trabajamos, ellos se llenan la panza», dice la canción. Pero, de la misma manera que aquellos curas rijosos a los que el viejo anticlericalismo puritano reprochaba el lanzarse a los excesos, ¿no habría sido el hedonismo lo mejor que los explotadores alcanzasen en toda su existencia si el terror a los explotados no los hubiera condenado a secretas y precipitadas compulsiones? El privilegio de los proletarios al emanciparse tanto del trabajo que los convierte en asalariados como de aquellos que extraen de él la plusvalía consistía precisamente en acceder al goce de ellos mismos y del mundo. El goce y su consciencia, agudizada al perfeccionarlo, poseen suficientemente la ciencia de liberarse de aquello que los entorpece o los corrompe.

¡Hay que preguntárselo a los que aprenden a amarse!

[CONTINUAR LEYENDO «ELOGIO DE LA PEREZA REFINADA» \(PDF\)](#)



Gustave Courbet, La Hamaca, 1844. Oleo sobre lienzo

TLAZOLLI: PEREZA REFINADA A LA VENTA

Serie de acciones realizadas en lugares comerciales en los que se ofertó la mera holgazanería.



Glorieta de Insurgentes, ciudad de México, 2012.

TLAZOLLI: PEREZA REFINADA A LA VENTA

César CORTÉS VEGA

Serie de acciones que fueron realizadas en plazas comerciales. En ellas se ofertó mera holgazanería, ubicando mi cuerpo en el entorno lucrativo de los *malls* para provocar la reacción de otros agentes. Vestido con un traje de lino blanco, que paulatinamente fue ensuciándose con el uso, leí fragmentos del texto de Raoul Vancigem *Elogio de la pereza refinada* (1996), referido a una holgazanería que se distingue de la del capitalista que basa su felicidad en la acumulación de bienes y en las estrategias de una mediocridad que se adapta y que presenta fragmentos de vida como liberación de beneficios dudosos.

Así, se intentó generar un doble juego que mezclara producto de auto-fetichización y consigna.

El acto intromisorio y las reacciones de la gente se registraron en foto, video y audio. A partir de esto se han realizado mapas emotivo-descriptivos que trazan circuitos nómadas de los espacios visitados, con información del tipo de transacciones que ahí se realizan, así como de sus actores económicos visibles.

La separación entre lo público y lo privado se pone en cuestión cuando existe una intervención que pone en juego los papeles simbólicos corrientes. Como se sabe,



Centro Telmex, col. Roma, ciudad de México, 2012.

dichos espacios simulan lo público para potenciar intercambios de orden monetario. Es quizá tan sólo con la no-acción, con una holgazanería declarada argumentalmente, que esto podría ponerse en duda.

Sin embargo, se esperaba que de inmediato los sitios reaccionaran en contra de mi estadía, lo cual sucedió sólo parcialmente. Por el contrario de una reacción inmediata, los encargados de seguridad se presentaban amables, siempre oficiosos con las necesidades del cliente potencial que era: un hombre vestido con un traje todavía blanco, no era alguien indeseable, de poses afectadas y con la despectiva languidez que muchos figurines y modelos de revista poseen también.

Una locura radical es dudosa, pero aceptada si es llevada a cabo por un “señor”. Era una posible participación que si no interrumpía los flujos de mercado –la gente me veía unos segundos, y continuaba con su labor de compra-venta– podía muy bien ser incorporado al mismo discurso espectacular. Sin embargo, si bien me era permitido leer casi a gritos, cuando yo me recostaba en el piso de las plazas sí afectaba la clasificación del territorio desde una especie de toma y apropiación no regulada. Así, una conclusión súbita puede ser esa; el peligro no estaba ahí en la consigna, ni siquiera mediada por la presencia, tanto como en la reconfiguración de los términos espaciales en la que ésta se realizaba.



[LEER EL ARTÍCULO ORIGINAL PULSANDO AQUÍ](#)

Fotografía: Comunizar

Fecha de creación

2022/01/25